



JUDITH SHKLAR, *Los rostros de la injusticia*, prólogo de Fernando Vallespín, traducción de Alicia García Ruiz, Herder Editorial, Barcelona, 2010, 200 pp. ISBN 978-84-254-2729-9 (*The Faces of Injustice*, 1990).

“EN cada juzgado encontramos una venerable estatua de la justicia. La justicia ha sido representada en un sinfín de cuadros; en todo volumen de filosofía moral aparece, por lo menos, un capítulo dedicado a la justicia y muchos de ellos están dedicados a la misma. Pero ¿qué es la injusticia?”. Con este interrogante comienza el primero de los tres ensayos que Judith Shklar dedica a analizar, a través de diferentes prismas, esa cuestión, tan urgente en nuestras vidas como descuidada por los teóricos, que es la injusticia. Fallecida en el año 1992, dos años después de la aparición de este libro, a esta autora de origen letón, liberal sin ilusiones nacida en el seno de una familia de judíos emigrados, que acabaría siendo la primera mujer miembro del Departamento de Gobierno de Harvard, le faltó quizá el tiempo para dejarnos una obra de mayor envergadura. Pasados veinte años tras su publicación original en lengua inglesa, aparece traducido al castellano este volumen, cuya vigencia viene amargamente renovada por el fenómeno del terrorismo internacional. La universalidad *imagológica* —con un término de Milan Kundera— de los atentados del 11-S ha puesto en boca de toda la sociedad el debate sobre el estatuto de la víctima. ¿Cuándo cabe decir que uno es víctima?, ¿son también víctimas los terroristas que se inmolan dejando a su alrededor decenas de muertos? No cabe duda de que estos sujetos pueden ser considerados vícti-

mas de la manipulación de quienes promueven tales acciones, víctimas de una mezcla de ignorancia y desesperación, que se traduce muchas veces en fanatismo, y en este último sentido, convendríamos todos, víctimas en parte también de sí mismos. Victimizadas y muertos los verdugos, se diría que sólo nos queda clamar al cielo, y sin embargo, parece que sí encontramos motivos para buscar otros responsables de la masacre; al parecer nadie puede, aunque algunos quizá así lo quisieran, pensar estos hechos como producto de la ciega necesidad, como una simple desventura. Sobre este, y otros aspectos de la realidad socio-política de nuestros días puede resultar particularmente iluminador el análisis que esta obra recién publicada por la editorial Herder propone.

El primero de los tres ensayos que integran este volumen lleva por título ‘Dar a la injusticia lo suyo’. Se trata de un ajuste de cuentas con este olvido teórico de la injusticia, que la autora atribuye al que considera el “modelo normal de justicia”, modelo inspirado en lo que Aristóteles llamó justicia distributiva, puesto aquí en tela de juicio desde una doble problemática. De un lado, si de lo que se trata es de “dar a cada uno lo suyo”, habríamos de sopesar cuándo estamos en disposición de saber qué es lo que a cada uno corresponde, qué es lo que cabe distribuir, o bien directamente preguntarnos si tal empresa es realmente viable. Por otra parte, esta concepción parte de la presunción errónea de considerar a la injusticia como parasitaria de la justicia, como la mera ausencia de ésta. Se trata en definidas cuentas de un modelo, valga el juego de palabras, que no hace justicia a la injusticia. Shklar se declara en este punto continuadora de los escépticos que ha tenido este modelo a

lo largo de su historia: Platón, Agustín y Montaigne; “maestros de la duda” que tuvieron la audacia de poner el acento en el carácter sustantivo de la injusticia, aportándole la clave que sigue para el desarrollo del libro. Sorprende a primera vista que Shklar incluya en este grupo de “escépticos” al filósofo ateniense, aunque quizá no debiéramos sorprendernos tanto si recordamos que el término *sképsis* —“mirar con cuidado”— nos aparece a lo largo de toda la obra platónica, y que ya desde los primeros pasajes de *La República* se nos viene cuestionando esto que Shklar llama el modelo normal.

En el segundo ensayo, ‘Desventura e injusticia’, encontramos el que rápidamente se nos desvela como el principal problema que el libro plantea: ¿en qué consiste la diferencia entre una injusticia y una desventura? Un terremoto, en principio, no es más que un hecho desgraciado, algo de lo que no cabe culpar a nadie, como supo muy bien Voltaire cuando vio en el terremoto de Lisboa el desmentido de la teodicea leibniziana. Sin embargo, si se disponía de medios para aminorar los daños que el desastre geológico ha causado, o no se informó adecuadamente a la población afectada, la apreciación general cambia. La indignación de las víctimas cobra entonces una dimensión política, y los responsables de esta omisión pasan a ser considerados culpables de una iniquidad. Vemos así que la línea de demarcación entre desventura e injusticia no es fija, sino que va en función de las circunstancias sociales y tecnológicas, al tiempo que se ve sistemáticamente difuminada por aspectos subjetivos tales como el sentimiento de enfado de las víctimas y el acostumbrado cinismo de los responsables. Y sin embargo, ¿no es esta distinción un presupuesto inexcusable para cualquier modelo de justicia que se pueda proponer?

El tercer ensayo, ‘El sentido de la injusticia’, abunda en este aspecto de la experiencia subjetiva de la injusticia, planteando de manera particularmente lúcida el conflicto, en muchas ocasiones irremediable, entre decisión pública y expectativa individual. La aprobación de una ley, independientemente de que sea justa o no, puede trastocar los planes conforme a los cuales muchos ciudadanos habían organizado sus vidas, por lo que dicha aprobación en un momento determinado, aún contando con el asentimiento ideológico de tales ciudadanos, puede ser percibida por ellos como injusta. Este tipo de casos dejan ver que, pese al carácter ineludiblemente perspectivista del sentimiento de injusticia experimentado por las víctimas, tal aspecto no puede desatendido por ningún sistema que albergue la pretensión mínima de no ser radicalmente injusto.

Sin recetas mágicas ni grandes propuestas salvíficas, lo que Shklar nos ofrece aquí, haciendo un sugerente acopio de ejemplos tomados tanto de la representación artística como de la realidad mostrada por la prensa diaria, es una equilibrada mezcla de indignación, perplejidad e ironía. Un meticuloso análisis de ciertos aspectos morales de nuestra cotidianidad cuya relevancia pública pasa muchas veces —injustamente— inadvertida.

Carlos Jaén Solanes

